

ENTREVISTA A ALBERTO GARCÍA MONTES DE OCA.

Antonio Martín Piñero

A.M. — ¿Cómo llegas a la arqueología subacuática? ¿Cuál es esa primera lectura, experiencia, charla, vivencia..., que te lleva a desarrollar este interés?

A.G. — Llego a través del interés personal hacia lo desconocido. Por un lado, siempre me ha gustado el mar. Mi madre era bióloga y profesora, y siempre le gustó enseñarnos lo que a ella le apasionaba. Mi padre es apasionado de la Vela y es nadador, aunque no de forma profesional. El hecho de ir a la playa de pequeño y ver pececitos, me gustaba. Vivían en un medio distinto. Y de pequeño, mi tía me regaló un libro sobre hundimientos. Aparte de eso, el leer sobre el Titanic, Abu Simbel, el Lago Nasser, *20.000 Leguas de Viaje Submarino*, y las batallitas que montaba con mi padre de muy pequeño con los Playmobil (que hoy conservo con mucho cariño), fueron forjando mi visión idealizada de ese pasado naval. Y no nos olvidemos de las últimas series de billetes de pesetas, cada uno con sus navegantes y expedicionarios.

De ahí, estudié Historia, ya que me gustaba saber por qué las sociedades son como son. En 2013 comencé a bucear, y nos llevaron al pecio conocido como *El Carbonero*, el SS Westburn; el asombro de ver aquella majestuosa estructura desmantelada en el fondo me sobrecogió. Además, me ilusionó el haber hecho ese primer curso de buceo con dos amigos de la carrera, uno de ellos, mi querido Diego Gaspar. En ese ambiente, me sentía muy cómodo y encontré una gran ilusión. Y mi querida Erica, mi novia, siempre me apoyó con esa ilusión, y aunque le diese respeto el mar, le gustaba verme feliz, y a mí verla también así a ella.

A.M. — ¿Por qué elegir un trabajo autónomo y desde otra forma de proceder distinta a la que se da en las universidades?

A.G. — Voy a ser totalmente sincero. Desde hace mucho, parte del departamento de Arqueología de la ULL e investigadores independientes, en varios casos me han demostrado la existencia de redes clientelares, en las que de forma recíproca se complementan en trabajos, y a través de la política, se financian y hacen encargos unos a otros. El hecho de no querer dar mi brazo a torcer y querer hacer las cosas a mi modo (soy muy maniático, perfeccionista, y no me gusta callar ante las injusticias, ni mentir), fueron labrándome relaciones complicadas con aquellos con quienes no aceptaban mi manera de ser. En mi trabajo de final del Máster de Arqueología, tras recorrerme las instituciones y la Isla, aprendí que las propias administraciones desconocen algunas

NEXO¹⁷
Entrevista

REVISTA INTERCULTURAL DE ARTE
Y HUMANIDADES DE LA SECCIÓN
DE ESTUDIANTES Y JÓVENES
INVESTIGADORES Y CREADORES
DEL IEHC

Nº 17, año 2021

pp. (37-42)

ISSN: 2341-0027Z

desus competencias, que los buceadores deportivos, si son escuchados, te dicen que tienen material, en su mayor parte por desconocimiento y por querer custodiar un pequeño tesoro de barro; que los grandes proyectos litorales que mueven mucho dinero, topan en ocasiones con verdaderos hitos del Patrimonio, pecios enteros, que se saquean y destruyen a conciencia, y que muchas personas que deberían velar por su salvaguarda, no denuncian los hechos o los encubren.

Comienzo el plan de doctorado en la misma universidad, pero a lo largo del curso ocurren un sinfín de 'fallos' administrativos, siempre fallos por omisión, que llegó al punto de aburrirme de tal manera, que me hicieron querer dejar el plan de doctorado. Y en verano de 2018, contacta conmigo un técnico para pedirme asesoramiento para un proyecto que Dirección General de Patrimonio del Gobierno de Canarias va a promover con fondos de desarrollo europeo Interreg. El proyecto en cuestión se denominaba SUBMARIMAC, y contenía, con frases copiadas incluso, todos los objetivos de mi TFM. Eso supuso para mí un golpe durísimo. En la actualidad, sé que muchos siguen desprestigiándome, pero ya no me interesa preocuparme por ello, he de seguir con mi vida, y, como me han dicho amigos, 'si tengo detractores es porque de verdad importa mi trabajo y peligran muchas tesis establecidas'.

A.M. — ¿Qué importancia tiene este trabajo arqueológico en Canarias? ¿Qué podemos aprender de nuestro pasado que aún nos quede pendiente?

A.G. — La importancia que tiene es la que la sociedad quiera darle. Mas si la ciudadanía desconoce su Historia, hay que empezar a explicársela. No veo lógico que la gente se preocupe más por quién tiene relaciones con quién en la televisión con el pretexto de que quieren, (como dice Billy Joel en su *Piano Man*) 'olvidar sus vidas por un rato', cuando, si no conocen la realidad, y no se preocupan por analizarla ni entenderla, van a seguir siendo engañados y viviendo esas vidas de las que quieren olvidarse por un rato. Me explico: hay un gran sentimiento por el pasado aborígen idealizado en las Islas, fruto del Romanticismo investigador del siglo XIX, que hoy denosta el presente que vivimos, poco menos que despreciando muchos aspectos de la sociedad canaria desde la conquista castellana, con el pretexto de que los aborígenes eran lo que se conoce

como buenos salvajes. Por lo general los guanches no vivían en paz entre sí, y pensar que no se dañaban entre ellos es un error, ya que, por lo que conocemos, había conflictos entre ellos y el hecho de que muchos apoyasen a los castellanos a su llegada, creo que puede explicar que tan bien no vivían. Con esto quiero decir que no es que no hayamos de apreciar ese pasado aborígen, sino que no hemos de mitificarlo en detrimento de nuestro presente surgido de una mezcla y desarrollo cultural común y, sobre todo, europeo.

Este trabajo ayuda a completar el entendimiento del pasado de las Islas, a ser entendido por los canarios y por el resto del Mundo. Completa vacíos de la Historia documentada, modifica las investigaciones previas, muestra al mundo la magia del mundo subacuático, de cuyo patrimonio cultural sumergido somos todos herederos, resalta las culturas que dejaron restos en nuestras aguas, ya sea por acontecimientos o fruto de las prácticas marítimas, y no nos viene mal recordar nuestra historia marítima, tan olvidada en muchas ocasiones, y con protagonistas anónimos, muchos, antepasados nuestros, que perdieron la vida en estas aguas.

En definitiva, se podría decir que nos queda por aprender humildad, ante lo ínfimo que conocemos de nuestro pasado y por la desconsideración que muchas veces tenemos por todo aquello que, de un modo u otro, nos ha permitido estar vivos.

A.M. — Para fomentar el interés, la búsqueda de las personas en esta disciplina, ¿qué es lo más apasionante que hayas visto, encontrado, catalogado..., en las Islas?

A.G. — Lo más llamativo y precioso que he documentado, sin duda, ha sido un astrolabio de bronce, funcional, que tristemente se sacó de su contexto, pero que, sin duda, es uno de los instrumentos más representativos de la vida en la mar, el Arte de la Navegación, y la supervivencia basada en el intelecto, en un medio hostil, o al menos, inhóspito, para el humano. Que haya visto, y sin duda, que me han impresionado, vestigios cerámicos, losas de cantería, y, en especial, un ancla que lleva 400 años boca abajo en una baja, como hito de su permanencia intacta en el tiempo.

Aún así, hay vestigios arqueológicos muy impresionantes, como el conocido Carbonero, un buque de 107 metros hundido en la Primera Guerra Mundial, que, aunque desmantelado en su mayoría, habla con voz profunda con su silencio.

A.M. — ¿Cómo se podría llegar de forma más inclusiva, como apuntas en tu charla, a la sociedad? ¿Cómo despertar su interés por una práctica que es tan desconocida como la arqueología subacuática? Como bien apuntas, si no conocemos aquello que hay, no podemos llegar a nuestra identidad.

A.G. — Pues hay muchísimas vías, pero creo que la forma más eficiente, es que los arqueólogos 'nos curremos' de forma proactiva el acercamiento de la sociedad a su cultura. Sin responder a ideales políticos, sino a la realidad científica y abiertos a que nuestras tesis se rebatan. Hemos de educar. De igual forma, si el desconocimiento de la Ley no exime de su cumplimiento, esa es nuestra labor, educar. Si se muestra públicamente la ubicación de yacimientos, es porque, de una forma u otra, se tiene control efectivo por parte de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado de esas ubicaciones, y aunque no se proceda a actuar en casos, por ejemplo, en los que hay expolio, se tiene constancia de lo que ocurre y quién lo hace, y no se actúa por diversos motivos. Por lo que, lo ideal, es dar a conocer el patrimonio, y que se proteja.

A.M. — ¿Ha hecho daño el que personas que practican buceo, profesional o deportivamente, encuentren y se lleven restos arqueológicos? ¿Cómo actúan en estas situaciones? ¿Cómo saben si han sido modificados?

A.G. — Sí. Sin duda se ha hecho daño, pero el dolo, el lucro y la omisión a la hora de hacer público un expolio, es lo que más daño hace. Se están quitando piezas fundamentales para explicar contextos arqueológicos, pudiendo ser claves en la explicación de un acontecimiento. Por otro lado, también rompo una lanza en favor de aquellos que, por desconocimiento, y por querer proteger un resto, se lo han llevado, atesorándolo y cuidándolo como una muestra de su pasado, como una pieza maestra en sus salones. Aun así, no hay que hacerlo más, por muy buenas que sean las intenciones. Lo que sí que no podemos seguir permitiendo, es que se sigan extrayendo piezas o

destruyéndolas concienzudamente. Precisamente, por eso hemos de educar.

Para saber si ha habido modificaciones, nos valemos del método científico, por el que reconocemos los procesos de deposición de los objetos y sus transformaciones posteriores, pero no puedo dar más pistas, por las que se pueda aprender a invalidar estos análisis, jeje.

A.M. — Nos hacemos eco de tu llamada pública: si alguien encuentra o tiene algún resto, puede ponerse en contacto contigo para que esa pieza sea llevada al lugar correspondiente, y estudiada para poder ser estudiado. Aun así, ¿qué más puede hacer alguien que encuentra un material que supone de valor arqueológico?

A.G. — Sí, por supuesto que pueden contactar conmigo. Además, personalmente digo que siempre hago lo posible por que se reconozcan estas labores y acciones. Es más, la gente más vinculada a esos objetos en el presente, son los depositarios que en este momento los tienen por haberlos extraído, por lo que creo que lo mejor que puedo hacer, es trabajar por que no se rompa ese vínculo, para que los materiales no queden arrinconados en un almacén, y para que el mundo los conozca. Además, que ese vínculo considero que es fundamental, al incluir a una parte comprometida de la población con los vestigios materiales de su propio pasado cultural, personas en las que encontramos protectores, colaboradores, impulsores, y en casos, amigos. Y en este caso en especial, hablo de David Novillo y Ramón Siverio, de quienes digo, y con razón, que son mis adalides en la causa.

A la hora de encontrar un material arqueológico o que parezca serlo, lo ideal es, sobre la marcha, si es posible, fotografiarlo en el sitio. Por otra parte, el procedimiento oficial debería ser el de notificarlo al Museo Arqueológico insular correspondiente, quienes tienen competencia desde el Cabildo Insular para elevar un procedimiento administrativo a Dirección General de Patrimonio. Eso sí, tengo que dejar claro que no está permitida la búsqueda sistemática de restos arqueológicos sin la titulación específica y los permisos necesarios.

A.M. — ¿Cuál es la mayor prospección en la que has participado o en la que continúas participando?

A.G. — Pues en Canarias no he participado en ninguna, aunque sí que puedo documentar hallazgos por parte de particulares. Me explico: una prospección arqueológica subacuática es una búsqueda sistemática de material arqueológico en la superficie del lecho marino, sin remoción del sedimento, recogiendo o no ese material o parte de ese material de la superficie del fondo. Es una actividad regulada por la Dirección General de Patrimonio del Gobierno de Canarias. Cuento con toda la formación, permisos y avales necesarios, salvo ese.

Fuera de Canarias, y a través de la Asociación Nacional de Arqueología Subacuática SONARS, he participado en las prospecciones del proyecto Portixol, en Jávea, Alicante, y puedo decir que la experiencia con el equipo codirigido por mi querido Jordi Blázquez fue inmejorable, y lo que me alegra más aún, que habrá más, algo que, sin duda, agradece profundamente mi espíritu.

A.M. — Es muy importante la cuestión a la que te refieres de la divulgación de los hallazgos, que no se queden como patrimonio único de los eruditos, ¿qué acciones se desarrollan en esa línea? ¿Dónde puede estar un ciudadano informado de estas actuaciones?

A.G. — En la actualidad, salvo las noticias que salen en prensa, de cara a la difusión para el público en general, no hay prácticamente nada. Hay publicaciones científicas aisladas en congresos y en revistas especializadas, que al menos se pueden encontrar por Internet, pero solo el Cabildo de Gran Canaria dispone de una monografía específica que, si bien se encuentra en Internet, no es muy conocido fuera del ámbito de la investigación. Por otro lado, formo parte de un equipo especialista que trabajamos oficialmente para -de forma lícita y acorde a la normativa-, gestionar el patrimonio sumergido de las Islas, y acercarlo a la población. Espero que dentro de poco se publiquen los resultados.

En este momento la ciudadanía se puede informar de los trabajos hechos, básicamente, buscando por Internet, pero de resto, se ve que hay mucho secretismo y hermetismo en las intervenciones, que se conceden a través de resoluciones públicas. Puedo resumir, que, ni

siquiera yo, como especialista que trabaja en la materia, en un entorno tan pequeño como Canarias, sabe con certeza qué intervenciones se hacen y cuáles no.

A.M. — Como dices en tu charla, la culpa de esos hallazgos que “se pierden” no es solo de buceadores deportivos que los toman de forma más o menos accidental, sino también de instituciones que, con conocimiento de causa, llevan a cabo acciones que dañan el patrimonio y que luego ocultan. ¿Qué hacen ustedes en estos casos? ¿Qué puede haber enterrado bajo esas construcciones en las costas?

A.G. — Pues realmente, a veces no he sabido qué hacer. Y no bromeo cuando digo que en su momento llegué a pasar miedo por denunciar esas cosas. Pero es algo que no me preocupa ya, veo que cada vez mis aportes se consideran mejor, y que tengo apoyo desde los buceadores deportivos hasta el comité de PCS de la UNESCO. En la actualidad, lo mejor es denunciar estos hechos a través de instituciones o asociaciones con estos objetivos en sus estatutos, como son el caso de SONARS o Hispania Nostra. Puede haber bajo esas construcciones de todo. Desde restos fenicios y romanos hasta los restos de la única Flota de Indias del mundo hundida en puerto. Se han hecho infinidad de salvajadas, pero no por desconocimiento en una época en la que era común el hacerlo, sino con conocimiento de causa. En estos casos de mayor índole, voy con mayor cuidado, con instituciones nacionales e internacionales de la mano, pero de eso ahora no puedo dar más detalles. Personalmente, a veces es una carga muy pesada, pero agradezco a todos mis seres queridos que me ayuden a soportarla, aunque sea yo quien la lleve.

A.M. — ¿Con qué reflexión te quedas sobre la importancia de la financiación y divulgación en arqueología subacuática?

A.G. — Sobre ambas cosas voy a dar una respuesta. Esfuerzo, honradez, ética y vocación. Aunque recibamos el mazazo más fuerte que se nos pueda dar, hemos de levantarnos una y otra vez, por nosotros y por el mundo. Aquellos que me conocen bien, saben que soy muy maniático y perseverante, aunque a primera vista parezca de lo más despreocupado. Tres frases me aplico de *El Señor de los Anillos*, tal y como indiqué en mi trabajo de final de Máster de Arqueología: «Mucho se perdió desde entonces, pero nadie vive ahora para

recordarlo», «Hasta el más pequeño puede cambiar el curso del futuro», y «Solo nosotros podemos decidir qué hacer con el tiempo que se nos ha dado, y eso es un pensamiento alentador»; así que, adelante.

